

TCL 72277

HISTORIA DE LA ESPADA Y SU DAMASQUINADO HASTA CARLOS III

FELIX DEL VALLE Y DIAZ

Numerario

Desde el momento en que el hombre, debido a una mutación psíquica, sin duda programada por su Creador, empezó a elevarse sobre los seres vivos que le rodeaban, comenzó, pienso yo, su angustia de vivir. La observación de las cosas le llevó al conocimiento de que tenía que matar para alimentarse y evitar que le mataran para servir de alimento. Tenía que valerse de esa superioridad con la que había sido dotado, que le separaba del resto de los animales, para asegurar su futuro y organizar su defensa. Se desarrollaría en él ese primitivo y nefasto afán de posesión, que le haría entablar luchas con sus tribus vecinas. Y junto a su aprendizaje de la caza y la pelea comenzó el de la fabricación de sus útiles y armas.

Empieza buscando piedras con filos cortantes, continúa añadiéndoles mangos de madera y hueso y termina, muchos miles de años después, descubriendo que es capaz de tallar la dicha piedra, provocando los filos a su gusto y adaptando las formas a su necesidad. El hombre descubre que para tallar la piedra, sin herramientas, habrá de hacerlo por astillado y esto sólo lo conseguiría en trozos de sílex recién extraídos de la cantera y antes de haber sufrido las influencias del aire. Después, con el pulimento, se alcanzaría la perfección en el arma de piedra.

Nacen así las hachas, lanzas, cuchillos y flechas de piedra en el Paleolítico; armas que acompañarán al hombre durante milenios y precursoras de las que el hombre aún no ha podido dejar de acompañarse.

Hermosos ejemplares de armas de piedra son los puñales de 29 y 34 centímetros y una extraña espada-machete de 38 centímetros en el Museo de Copenhague; y el "Cuchillo de Sacrificios" encontrado en Djebel el Arak (Egipto). (Foto núm. 1)

Después, con la aparición de los metales y el aprendizaje de su manejo, surgirán nuevas formas de armas. Una vez conseguida la mezcla del cobre y el estaño hasta lograr endurecer aquél y obtener como resultado el bronce, el hombre se lanzaría a la tarea de aprovechar dicho metal para su uso bélico. Hachas, lanzas, puntas de flechas, cuchillos . . . y por fin, LA ESPADA.

Hábiles artífices se especializan en su fabricación y, mediante recocidos y enfriamientos sucesivos, y minuciosos rebatidos en frío, logran duras y finas espadas de bronce, cual elegantes y esbeltas hojas de lirio.

La fotografía n^o 2 nos muestra tres ejemplares de los más característicos de la época. Espada corta de "pomo de cebolla", espada de "antenas" y espada de "espiga plana" o de "hoja de lengua de carpa".

Para entonces también ha prosperado el arma defensiva, que empezó siendo, después de que el hombre abandonara las cavernas, simples cercos de piedra en derredor de las cabañas, o viviendas elevadas construídas con troncos. Las armas nuevas nacidas con el bronce hicieron necesaria la aparición de nuevas armas defensivas. Todo comenzó cuando los hicsos, pequeño pueblo de pastores, decidieron atacar a Egipto 1.700 años antes de Cristo. Los hicsos eran portadores del último grito en armas de ataque: la combinación "hombre-caballo-flecha", esta última con punta de bronce.

La nueva forma de pelea hace nacer como arma defensiva la muralla. Y lentamente van surgiendo también las rodela, escudos, cotas de escamas y cascos.

Con un hermoso ejemplar de estos cascos se toca una figura del bajorrelieve de Palanqué, de las ruinas de la villa americana de Calhuacan, cuya antigüedad se calcula en tres mil quinientos años (1).

Considero interesante hacer notar que hace tres mil quinientos años, los habitantes de continente americano utilizaban cascos metálicos. Recordemos que, cuando Colón "descubrió" América encontró a sus pobladores en el período equivalente a nuestra edad de los metales. ¿Se había estacionado esta civilización? ¿Había retrocedido?

Resulta curioso que haya sido la antigua civilización americana, perdida y casi ignorada, la que nos haya dejado un modelo de arma defensiva, que se podría considerar muy avanzada en su época y dotada, además, de una extraordinaria belleza de línea.

Y mientras las armas defensivas se oponen a las de ataque, éstas se irán haciendo más y más eficaces y surgen las falanges griegas, casi imposibles de batir. Sus apretadas filas de diez en fondo; grandes cascos de bronce cubriéndoles la cabeza, nariz, nuca y carótidas; enormes rodellas que, desde los ojos cubrían a los soldados hasta las rodillas; fuertes grebas del mismo metal protegiéndoles las piernas; y las grandes lanzas que empuñaban en posición de ataque casi a la altura de los ojos, hacían invencibles a estas llamadas falanges hoplitas.

Pero el bronce como materia prima en las armas ya no está solo; no se sabe exactamente cuando, pero han irrumpido el hierro y el acero en este campo y se están utilizando los tres metales al mismo tiempo. Los lingotes y utensilios de hierro del Museo del Louvre pertenecientes al siglo XI a. C., así como el fragmento de cota de malla de acero del Museo Británico, dan fe de ello. No ha habido una sustitución del bronce por los metales férricos. El descubrimiento del Cementerio de Hallstatt, en Austria, nos demuestra este hecho. El hallazgo en esta gran necrópolis de enormes cantidades de armas de hierro y de bronce nos habla de lo duradera que pudo ser esta época mixta. Y entre las primeras armas de hierro se cuentan las falcatas ibéricas, caracterizadas por la empuñadura en forma de cabeza de caballo, de la que luego hablaremos. (Foto núm. 4)

Este nuevo material se empleó contra las falanges hoplitas mencionadas, cuando Ciro "el Viejo" inventara el "carro falcado" con cuchillas y hojas de hierro y acero adosadas a sus ruedas. Y también surgirían las máquinas de asedio para ser empleadas contra las murallas: la torre móvil, el ariete, el onagro, la catapultilla, etc.

Pero, centrémonos en el enunciado de esta disertación y pongamos una mayor atención a la espada.

Ya hemos visto lo generalizado de su uso por el hombre en la Edad de los Metales. Aquel hombre que muchos miles de años antes empezara a elevarse sobre los seres que rodeaban,

ha inventado el rebaño, ha creado especialistas en labrar la tierra, en el vestir, en hacer la guerra y en hacer las armas para ella, y estos especialistas se esmeran cada cual en su labor, no quedándose atrás los armeros fabricando sus espadas. La fina forja de sus filos, canales y venas demuestran la habilidad y oficio de aquellos primeros forjadores.

LA ESPADA EN LA ESPAÑA ROMANA

Después, con el hierro y el acero, las espadas hispanorromanas han comenzado a alcanzar fama. Dan fe de ello Polibio, Diodoro de Sicilia, Tito Livio, Marcial y Cicerón. Y Graciano Falisco (S. 1 a. C.) habla ya de los cuchillos toledanos que los cazadores llevaban al cinto (2).

Por aquel entonces, los productos de la industria itálica llegaban a nuestra península encarecidos a causa de los lentos y nada baratos transportes de la época. Esto pudo hacer que los romanos favorecieran el auge de algunas industrias y entre ellas la fabricación de armas en Toledo, pues ya tenían la materia prima dentro de Hispania: el cobre, en el círculo metalífero de Huelva; el estaño en Galicia y Andalucía; y el hierro, en Galicia y en la Bética.

Hemos de tener en cuenta que una prolongación de la Vía Augusta hecha por Domiciano, que desde Zaragoza llevaba a Olisipo (Lisboa), pasaba por Toletum. Esto haría de nuestra ciudad un punto importante para la distribución de productos en la industria hispanorromana.

La invasión de los bárbaros después, trajo la decadencia del comercio mediterráneo y el empobrecimiento de la sociedad hispanorromana, mermándose con ello las actividades industriales. La ruralización de la economía fue aumentando y lo más importante de ello fue la evolución que dieron a la ganadería peninsular. Mas como los visigodos no dejaron de guerrear, es de suponer que las únicas actividades de la metalurgia estuvieran destinadas a las labores del campo y a la guerra. Colegimos por tanto que, si bien el gran comercio de las espadas toledanas había cesado, continuábanse en algún grado fabricando. Y así debió suceder, pues sabemos que Abd-er-Rahman II "reforzó" (luego existía, aunque caduca) la manufactura de armas de Toledo (3).

AL ANDALUS

Abd-er-Rahman II, toledano de nacimiento, hombre sabio y buen gobernante, que se hizo cargo de la España musulmana cuando más fuertes eran las corrientes de resistencia y las luchas por parte de los sirios, bereberes y mozárabes, que cambió el rumbo del Estado hispanomusulmán a imagen del Califato de Bagdad y comenzó a poner paz y tolerancia donde hubo tantas guerras, aunque él no alcanzara a ver el fruto completo de su labor, fue hombre, sobre todo, al que Toledo deberá eterna gratitud, pues como Carlos III haría nueve siglos después, evitó que la industria espadera toledana, ya a punto de perderse, desapareciera, organizándola y marcándola nuevos horizontes.

Yo quiero dedicar desde aquí un emocionado y agradecido recuerdo a Abd-er-Rahman II, en este homenaje que la Empresa Nacional Santa Bárbara dedica a Carlos III, pues, como he dicho hace un momento, ambos fueron los hombres que hicieron posible que la industria toledana de la espadería no se hundiera en momentos difíciles.

Hubo una circunstancia muy digna de tener en cuenta que ayudó mucho a Abd-er-Rahman II en su labor. En el marco general de la religión musulmana existía una regla especial de conducta para el artesano llamada "hisba", que había sido promulgada por el propio Mahoma. Esta regla obligaba moralmente al artesano a realizar un trabajo bien hecho y a buen precio. Para vigilar el comportamiento religioso de los artesanos referente a su trabajo, se formaron comunidades de oficio, que serían sin lugar a dudas las descendientes de aquellas romanas "collegia" de artesanos, nacidas como asociaciones libres de carácter benéfico-religioso, de donde descendieron los gremios artesanos y los actuales "Colegios" de profesionales.

Cada comunidad de oficio era presidida por el "amin" o "arif", honor que sólo alcanzaba el artesano más respetable del grupo, y su labor consistía en hacer cumplir lo dispuesto sobre trabajo y venta. Este "amin" o "arif", era a su vez supervisado por un gobernador de todos los gremios llamado "almotacén" al que también se daba el nombre de "zabazoque" (señor del mercado).

Además del mercado interior servido por las redes de carreteras heredadas de los romanos y bien mantenidas por los musulmanes, el mercado verdaderamente importante de Al-Andalus

fueron las exportaciones de, entre otras cosas, armas al norte de Africa (4).

Años después, Abd-er-Rahman III había entablado amistad con don Sancho, Rey de León, llamado "el Craso" por su obediencia, con motivo de la ayuda que éste pidiera al soberano musulmán para reconquistar su corona. Concedióle no sólo ejércitos para recuperar su reino, sino también médicos árabes que le hicieron recobrar su agilidad y soltura. El agradecimiento de Sancho I, se tradujo en gran amistad, e incluso llegó a aprender el idioma y costumbres de los árabes. El año 961 muere Abd-er-Rahman III, y su sucesor Al-Hakem II, declara la guerra a Sancho. Cuando cuatro años después ambos monarcas hacen las paces a petición de don Sancho, Al-Hakem envía regalos al rey cristiano y entre ellos "una rica espada hecha en Toledo" (5).

ESPADAS HISPANOARABES

Que tengamos menos noticias de la espada hispanoárabe que de las de épocas posteriores, no quiere decir que no conozcamos su gran importancia. No debemos medir el esplendor de un período por la cantidad de datos recopilados. Cierto es que no tenemos a nuestro alcance estatutos ni ordenanzas de las agrupaciones de artesanos citados anteriormente. Ni las marcas que usaron algunos de aquellos espaderos. Pero sí conocemos ciertas muestras de la espadería musulmana, y su excelente calidad y belleza nos conduce a admirar su perfección; y la perfección sólo se alcanza con un animado espíritu de superación y con mucha práctica en lo que se hace; es decir, en el caso que nos ocupa, habiendo fabricado grandes cantidades de espadas.

El mundo islámico del medioevo estaba agrupado y casi circundado por una sólo línea fronteriza. (Foto núm. 5) Las comunicaciones pues, entre Al-Andalus y Siria, por ejemplo, o Egipto y el Turquestán, no deberían ser demasiado difíciles, aunque mirado desde nuestra óptica y desde nuestros medios podamos considerarlas lentas. Mas no olvidemos, antes de juzgar ésto, el vertiginoso correr de nuestro tiempo comparado con el sosegado paso de sus siglos. En todo caso no deberá extrañarnos la fácil comunicación de sus procedimientos artesanos y sus modelos, donde la influencia militar dominante de cada momento, europea, bizantina, iraní o turca, se dejaría notar en sus formas, en sus empuñaduras y en su decoración.

No sabemos mucho sobre las formas de las espadas de antes y después de la reconquista de Toledo llevada a cabo por Alfonso VI el 25 de Mayo de 1085. Ni conocemos el libro que en tiempos de la dominación dejó escrito Mohamed Ben-Ali el Herani, titulado "Esma el-Saif", donde trataba de los diferentes modelos de aquellas espadas (6). Sólo algunas noticias nos dan información de cómo aquellos espaderos trabajaban, y estas son algunos alfanges y espadas morunas tenidos por piezas toledanas de aquellas épocas. Una de estas valiosas muestras es el alfange moruno del Museo del Ejército, señalado con el número 24.909 (Foto núm. 6) encontrado en las excavaciones de una casa en la calle del Angel en Toledo. Alfange catalogado en dicho museo como de "marca borrosa probablemente alemana", pero que examinado recientemente por mí, observo la presencia en su hoja de una marca indudablemente toledana, según podrán apreciar también ustedes por la fotografía. Algunas otras piezas del mismo museo pueden también considerarse toledanas y entre ellas el sable moruno marcado con el número 24.910 (Foto núm. 7) así como el 24.906.

Estos sables morunos corresponden a un tipo de espada árabe de caballería cuya forma ha persistido durante muchísimo tiempo, según se puede saber por las fechas en las hojas de algunas de ellas.

Yo quiero sostener que este modelo es uno de los no conocidos como espadas hispanoárabes de las que tanto se exportaron al norte de Africa, donde se continuó probablemente su fabricación después de que este modelo desapareciera en España. Y me quiero apoyar para ello en tres datos:

1º) Obsérvese la gran similitud de su empuñadura con la de la falcata ibérica (Foto núm. 8). Se ha aumentado la longitud de la hoja pero la línea de la empuñadura continúa casi inalterable.

2º) Entre las espadas que, tomadas de la colección del que les habla, usamos para ilustrar este trabajo, podemos ver (Foto núm. 9) un sable de caballería de igual forma que los mencionados, con la hoja y los arriaces damasquinados y con inscripciones árabes en la espiga que de un lado dicen "Mohamed Franga" y de otro "1402". Mi idea de que esta espada, adquirida por mí en 1963, bien pudo ser hecha en Toledo, se refuerza con la fecha,

pues si los musulmanes entraron en 1492 en su siglo XV, la fecha de 1402 marcada en la hoja corresponde a nuestra era, y en nuestro año 1402 los dos centros más importantes de fabricación de espadas eran Granada y Toledo. Toledo ya hacía más de trescientos años que había sido cristianizada; no así Granada cuya reconquista no ocurre hasta nuestro 1492. Teniendo en cuenta lo dicho y después de estudiada su forja y su decoración, de la que más tarde hablaremos, bien podríamos tener esta espada por mudéjar toledana y perteneciente a uno de los modelos hispanoárabes no reconocidos así hasta ahora, pero del que tantas piezas hay en la Armería Real de Madrid, colgadas en panoplias y sin catalogar.

Y 3º) Algo que no puedo probar gráficamente: durante mi época de anticuario, compré y más tarde vendí, aunque bien me duele ahora, una espada de este modelo, sin decoración y con marcas en su hoja de medias lunas, igual a las tenidas por marcas toledanas en el Catálogo Wallace Collection de armas y armaduras europeas.

LA ESPADA JINETA

La primera espada conocida con clarísima definición como hispanoárabe es la llamada "espada jineta" usada por los musulmanes desde el siglo XIII y fabricada y utilizada por los cristianos a partir del XV (Foto núm. 10). Durante estos dos siglos, la espada jineta llegó a ser el arma característica musulmana, fabricada principalmente en Granada para ser empleada contra los cristianos (Foto núm. 11).

Existían dos tipos de estas espadas (Foto núm. 12): las de guerrear, casi exentas de decoración y las de lujo, exornadas con toda clase de adornos como es el damasquinado, el nielado, el dorado a fuego, el esmalte, la filigrana, el repujado, etc. La mayoría de las que han llegado a nuestros días pertenecen a este último grupo; pienso que la razón de la pérdida de las no decoradas ha sido la poca valoración que de ellas hayan podido hacer sus propietarios en tiempos pasados, no considerándolas dignas de ser conservadas.

Tras la caída del Califato de Córdoba a principios del siglo XI, el advenimiento de los reinos de Taifas y la reconquista de Toledo a finales del mismo siglo, comenzó una seria escisión que

los musulmanes advirtieron y que ponía en peligro su guerra santa en nuestra península. Se hacían necesarios los refuerzos y empezaron a importar hombres y estrategias del norte de África, y entre las estrategias importarían lo que vino a cambiar por completo el concepto de guerrear, introduciendo grandísimos cambios en los arneses de caballo y caballero; esta estrategia importante fue la forma de pelear “a la jineta”.

La Crónica de Alfonso X nos cuenta cómo en el siglo XIII es introducida en nuestra Patria una nueva forma de pelear por los “zenetes” (luego habrían de llamarse jinetes) de la tribu berberisca de los Benimerin, al servicio de Mohamed I de Granada (2). Esta nueva forma de pelear se basaba primordialmente en el cambio de la longitud de los estribos y en la reducción del peso de las armas, tanto ofensivas como defensivas. El guerrero árabe, hasta entonces montaba a la brida, es decir, con los estribos largos y las piernas estiradas, igual que los cristianos, soportando el peso de largas y anchas espadas, grandes rodelas de hierro, lanzas de anchas hojas, corazas de cota de malla o escamas y pesados cascos metálicos, lo que hacía sus movimientos lentos y no siempre tan eficaces como se deseaba (Foto núm. 13).

La indumentaria militar cambió en esta centuria de acuerdo con la finalidad de la nueva forma de montar. Los “zenetes” introdujeron el estribo corto y aligeraron de peso sus defensas haciendo al mismo tiempo la espada más corta y manejable (Foto núm. 14). Esta moda traída por los africanos fue muy bien aceptada por los hispano-musulmanes y posteriormente en 1431, tras la batalla de Sierra Elvira, fue adoptada también por los cristianos.

Se puede decir que lo más importante de esta técnica era el caballo; y después de éste, la habilidad del jinete para dirigirle. Al caballo se le había venido adaptando para la guerra desde siglos anteriores, habiéndose logrado un caballo grande y fuerte capaz de soportar el peso de armamentos y hombre. Los “zenetes” berberiscos emplearon mucho tiempo en seleccionar y adaptar caballos pequeños y ágiles para su forma de lucha y, tras conseguir una especial raza caballar, cuidarían la preparación del “zenete”, adiestrándole para la velocidad y los giros rápidos. Con ello estaban en posesión de un arma de guerra que los cristianos tardarían aún mucho tiempo en conseguir.

El cambio no sólo suponía la longitud de los estribos y la forma, medidas y peso de la espada; también había que variar la silla adaptando los fustes para evitar caídas al apoyar la acción sobre los pies; y hubo de acomodarse el freno del caballo a los nuevos giros rápidos.

Muchos de estos detalles los sabemos por escritos posteriores sobre aquella innovación en la pelea. El primer libro que conozco sobre el tema fue escrito por el toledano Eugenio Manzanar, en el año 1570. Y por no enumerar los diez o doce existentes en la Biblioteca de Palacio, citaremos el más tardío de ellos, que se ocupa del arte de la jineta aplicada ya a la equitación, juegos de toros y montería, escrito por Andrés Dávila en 1674.

Entre los testimonios gráficos de la introducción en España de la forma de montar a la jineta, citaremos las cantigas de Alfonso X el Sabio (Foto núm. 15); el relieve de la toma de Marbella en la sillería baja de la Catedral de Toledo (Foto núm. 16); y el relieve frontal de la Capilla de Santiago, también en la Catedral toledana (Foto núm. 17).

Ya hemos dicho que fue en Granada y en el siglo XIII donde se comenzó la fabricación de las espadas jinetas por los hispanoárabes. Pero yo no estoy de acuerdo con quienes sostienen que fue sólo en Granada donde se hicieron. Por los datos que expondré mas adelante quedará lo suficientemente claro que estas espadas fueron también hechas en Toledo.

Pero desde la batalla de Sierra Elvira en 1431, donde al parecer se decidió la copia de dicha espada por su eficacia, hasta finales del siglo, que se organizara la fabricación de espadas jinetas en Toledo, los espaderos cristianos intentaron el cambio de modelo de armas para la guerra, así como sus ejércitos el cambio o copia de tácticas militares. Mientras se preparaba a los caballos y se adiestraba a los jinetes, los armeros copiaban las características de las espadas árabes, a las que describe Ferrandis Torres de la siguiente forma: "Las espadas constan de puño muy corto que apenas permitían apoyar la mano para afianzar el golpe; pomo esférico, a veces achatado, y arriaces de brazos caídos terminados generalmente en cabezas de animales".

Copiando estas características surge una nueva espada de transición no muy definida, pero que servirá de puente hasta

la definitiva copia del modelo granadino.

Una espada de esta época de transiciones está ante ustedes marcada con el núm. 2. A esta misma época corresponden las espadas de las fotografías núm. 17 y núm. 18 que coinciden además con el cambio que en la primera mitad del siglo XV experimentó la guarnición de la espada cristiana, al pasar de la forma de "cruz" a la de "lazo". El primer paso de este cambio consistió en la proyección, por debajo del arriaz, de uno o dos pequeños brazos de hierro llamados patillas, (Foto núm. 18) con el fin de proteger el dedo índice del guerrero, de los golpes de la espada enemiga cuando este dedo se había pasado por debajo de la cruz para sujetar mejor el arma (Foto núm. 19).

La espada señalada con el núm. 2, presenta las características mencionadas: más corta y de menor peso que las anteriores; pomo redondo y pesado, para servir de balancín y hacer cómodo su manejo; empuñadura para una sola mano; hoja fuerte de dos filos y gavilanes caídos para proteger el dedo índice, según las innovaciones introducidas hasta la definitiva copia de la espada jineta o la total llegada de la guarnición de "lazo".

No obstante, durante estos años de transición, se utilizaron espadas granadinas, tal vez producto de botines de guerra, por algunos privilegiados caballeros cristianos que empezaron a montar a la jineta.

Las crónicas de Miguel Lucas, Condestable de Castilla durante el reinado de Enrique IV en 1467, nos dicen: "El jueves siguiente el dicho señor Condestable se levantó e salió a misa, en sayo de cabalgar vestido de muy fino paño amarillo, sobre un jubón de carmesí e una capa azul con un capirote morado de grano tocado, todo morisco e bien fecho e una cadena de oro con muchas vueltas echadas al pescuezo; calzado de borcegui con una muy rica espada de la gineta, guarnecida de oro echada al cuello e así cabalgó en un muy polido caballo tunecí".

También en el inventario de los bienes de Don Alvaro de Zuñiga (1468) se menciona "otra espada gineta guarnecida a vira, con tejillos, que parecía de fierro la guarnición" (7).

Hubo un momento de verdadera anarquía en la fabricación de espadas en la España cristiana, pues las necesidades y el desgaste que suponía una guerra en la que se tardó ocho siglos en recuperar lo perdido en unos meses, hacía exigir a los jinetes

que aportaran su caballo y sus armas a cambio de la dispensa de ciertos tributos y de gozar honor y títulos de caballeros. Se les decía que "además de caballo debían tener casa poblada todo el año con hijos, o con mujer o con mora y haber lanza, escudo, casco, espada y espuelas". No existían, pues, modelos reglamentados. Cada cual llevaba su arma, que había sido fabricada ajustándose en lo posible a las características conocidas para poder usarla a la jineta (Foto núm. 20).

No es difícil suponer que algunas de estas espadas de transición o adaptación fueron hechas en Toledo; en primer lugar teniendo en cuenta la tradición espadera toledana y además porque puedo asegurar que tras la espada de transición, se hizo en Toledo la definitiva copia de la espada jineta a finales del siglo XV, continuándose después su normal fabricación durante algún tiempo.

Puedo basar esta aseveración en varios puntos:

1º) La llegada a Toledo del espadero granadino Julián del Rey, llamado también "el Moro"; armero que ya en Granada trabajó la espada jineta y que se convirtió al catolicismo y fue bautizado en el año 1478, teniendo por padrino al Rey. No podía el nuevo converso negar a su Señor, Rey, padrino y protector ningún secreto de su oficio, y tenemos noticias de que no lo hizo. Por otra parte tampoco debería extrañarnos que el padrinazgo y protección del Rey Católico fuera en pago de la gran ayuda que supuso a las victorias cristianas la completa adopción de la pelea a la jineta en la que tanta importancia tenía la espada.

2º) Ferrandis Torres, al describir las características de estas espadas, dice que varias de ellas llevan la marca del perrillo, que se atribuye a Julián Rey, de quien dice que probablemente es granadino pero que trabajó en Toledo.

3º) La jineta del Museo del Ejército conocida como "Espada de Boabdil", presenta en su hoja una S. que desde luego no es la inicial de un espadero musulmán. Hay quien la atribuye a Sahagún "el viejo"; pero por razones de fecha no puede ser de él, ya que la espada pertenece a la segunda mitad del siglo XV y Sahagún vivió en la segunda mitad del XVI. Además él ponía su S coronada dentro de una cartela. Mas sabiendo que la dinastía de los Sahagún no comenzó con Alonso de

Sahagún “el viejo”, igual que no terminó con Sahagún “el mozo”, yo quiero suponer que esta S puede ser la inicial de un Sahagún del siglo anterior.

4º) Una espada jineta que se exhibe en el Metropolitan Museum de Nueva York, ostenta como marca de fábrica una cruz patada en un círculo, marca que obviamente no es musulmana sino cristiana, y, por qué no, de las marcas toledanas aún sin identificar.

5º) El Greco, pintor toledano aunque naciera en Creta, poseía una espada jineta que reprodujo en la “Resurrección”, (Foto núm. 21) del convento toledano de Santo Domingo el Antiguo, y dos veces en el “San Mauricio” del Escorial. (Foto núm. 22). Recordemos que cuando El Greco pinta esta espada en sus cuadros ya hace casi un siglo de la llegada a Toledo de Julián Rey, tiempo suficiente para el desarrollo de la fabricación de jinetas en nuestra ciudad.

6º) En la fotografía núm. 10 vemos una espada jineta en cuya hoja se aprecia con toda claridad la marca de Toledo.

Y 7º) El dato más contundente lo he hallado muy recientemente hurgando entre legajos en el Archivo Municipal de Toledo. En las ordenanzas del gremio ampliadas en el siglo XVI, entre otras cosas se pide que, para obtener el título de maestro, habrá que saber hacer una espada jineta. Quede claro, pues, que la espadería toledana, presente en todos los momentos importantes de la Historia de las espadas, también lo estuvo en este capítulo de la espada jineta, que dió gloria a las espadas hispanoárabes con este bello y equilibrado modelo granadino.

EL DAMASQUINADO EN LA ESPADA

En la carrera entre las armas ofensivas y las defensivas, las unas van adelantando a las otras según les llega su turno; ora es la ofensiva la que aventaja, ora la defensiva que se supera a fin de anular la acción de la primera. En este vaivén y en un largo momento de ventaja de la espada sobre las defensas eficaces, va surgiendo lentamente una sofisticación del arma, propiciada por el gusto oriental y por la inclinación al adorno de un pueblo sensual, y, de esta forma, se llega al cenit de la decoración en la espada en los siglos XIV y XV, surgiendo y alcanzando su cumbre en el mundo islámico. Y entre los diversos

procedimientos para adornar las armas mencionadas con anterioridad, vamos a destacar el damasquinado por haberse conservado en Toledo hasta nuestros días, tras haber pasado por momentos difíciles y de casi total inactividad, estando esta técnica considerada en la actualidad como típicamente toledana, aunque también se realice en Eibar, el norte de Africa y en Japón. Esta forma de ornamentación consiste en incrustar generalmente oro o plata en cualquier metal receptor que sea más duro que los incrustados. Para sus comienzos se utilizó el procedimiento que se conoce por "ataugía" o "ataugía superficial".

La ataugía consiste en abrir cajeados a buril sobre la pieza a decorar, donde se embutirá después a golpe de martillo alambre de metales finos. Véase la espada con incrustaciones de plata (Foto núm. 23) aunque esta decoración es posterior imitando a la época.

Para la ataugía superficial, el cajeadado se hacía de superficies anchas, dándoles la forma del dibujo deseado, generalmente animales y hojas vegetales, alojando en estas superficies cajeadas plaquetas de oro y plata, que remachaban valiéndose de las pestañas de los bordes. La incrustación de plaquetas por este procedimiento no resultaba demasiado duradera cuando las superficies eran anchas, por lo que posteriormente se ideó la picadura con "punceta" (pequeño cortafríos que se golpea con martillo para marcar incisiones o surcos paralelos en dos direcciones opuestas).

La picadura con punceta, siempre cruzada, se empleó para incrustaciones sin cajeadado, utilizando para esta labor láminas e hilos más finos que para las ataugías, pero bastante más gruesos que los usados con posterioridad. Este trabajo se finalizaba remachando con un cincel plano por su base, golpeándole con un martillo sobre la decoración cuando de hilos se trabaja; en el caso de láminas, la incrustación se terminaba mediante frotación con bruñidores. (Ver espada núm. 3, foto núm. 25 indopersa, siglo XVI, damasquinada con hilo grueso de plata).

Posteriormente, la punceta de golpe se fue sustituyendo por la cuchilla de mano, con la que se rayaría la superficie que se quería decorar, mediante cortes muy finos y juntos, cruzados también en dos ó tres direcciones. Muestras de esta época son la rodela y casco persas del siglo XVII, (Foto núm. 26) damasquinados

con hilo y lámina, así como la espada indopersa (Foto núm. 27) damasquinada con hilo finísimo de oro, del siglo XVII ó XVIII.

Estas operaciones se coronaban con el pavonado a fuego y el "repasado" o "retocado" a cincel, labor que podemos apreciar perfectamente en la espada damasquinada de la foto núm. 25.

El último procedimiento descrito de picadura a mano para hilo fino, es el que aún se sigue haciendo por los damasquinadores toledanos. No vamos a mencionar ahora los procedimientos que se siguen en Eibar, el norte de Africa o Japón. Tal vez lo hagamos en otro trabajo más extenso sobre la materia, donde puede que demos fe de cómo el prestigioso oficio toledano del damasquinado se ha visto invadido últimamente por procedimientos nuevos, que hoy no queremos describir, entre otras razones por no salirnos del período anunciado en este trabajo.

Algunos historiadores atribuyen la invención de estas labores a Glauco de Chios, estatuario griego del siglo VI a C.; sin embargo, se conocen objetos damasquinados de siglos anteriores, de entre los cuales mencionaremos el puñal egipcio de la momia de Aah Hotet, esposa de Kámes (S. XVII a. J.C) (8) y los puñales de bronce de las tumbas micénicas, finamente damasquinados con escenas de caza (S. XIV al XII a. J.C.) (Foto núm. 28) (9).

En Grecia y Roma se conocía este trabajo por el nombre de "caelatura" y por este procedimiento fueron decorados algunos de los muebles de bronce hallados en las excavaciones de Pompeya.

Los trabajos más importantes que se conocen de la antigüedad son persas; sin embargo, sabemos que fué en Siria donde mayor esplendor alcanzó este arte, ya que su nombre se debe a la ciudad de Damasco.

Continuando con la cita de piezas damasquinadas antiguas importantes, mencionaremos los pebeteros chinos de bronce damasquinados con oro, de las dinastías Han (206 a. J.C. hasta 221 d. J.C.) (10). Las puertas de bronce con incrustaciones de plata de la basílica de San Pablo de Roma (S. XI) de las que se conservan algunos fragmentos salvados del incendio ocurrido en el siglo pasado; el llamado "Vaso Barberini" (S. XIII) que pasó de la colección Barberini al Museo del Louvre; el mueble metálico religioso "Kursi" del Museo Islámico del Cairo (S. XIV);

y, por seguir citando obras importantes en orden cronológico, mencionaremos las para nosotros tan queridas y estudiadas rejas del Altar Mayor de la Catedral de Toledo, realizadas por Villalpando en el siglo XVI, (Foto núm. 29) cuyos balaustres están damasquinados por el procedimiento de picadura con punceta, utilizando para su fijación el fuego (11) y el bruñidor.

Por este tipo de decoración, llamado unas veces "Caelatura", otras "ataugía" y las más, como ahora, "damasquinado", se han venido adornando espadas desde los tiempos más remotos. La más antigua que conocemos es la "*falcata ibérica*" con incrustaciones de plata, que se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional.

Ya hemos visto por lo expuesto anteriormente algunos ejemplos de lo dicho. Mas el damasquinado se continuó utilizando para decorar espadas en Toledo, siempre que las leyes sobre la fortaleza de las hojas lo permiti6; cuando 6sto no fue así, se damasquinaron algunas de sus guarniciones según veremos más adelante. Ahora sepamos por qué dejaron de damasquinarse las hojas de espadas y cuales fueron las leyes que lo impidieron.

Avanzando en el tiempo ya hemos llegado al siglo XVI. Julián "el Moro", debe llevar veinte o treinta años trabajando en Toledo, si es que vive; si no vive, descendientes tendrá; y tendrán su taller en la calle de las Armas, como todos los espaderos. Pero en aquella calle de las Armas que no es la de ahora (Foto núm. 30, cedida por J. Porres). Aquella estrechísima calle de las Armas que compartía la anchura que la de hoy tiene, con el callejón de la Lamparilla, separado con la calle de los espaderos por una también estrecha manzana de casas, donde se instalaban los portales de los boteros, derribada a mediados del pasado siglo.

Hasta esta calle sube el ruido del Tajo que sirve de fondo a la música que marca el tintineo de los martillos y los yunques, dulcificada de vez en cuando por el sonido del hervor silbante que hace la hoja de espada al rojo vivo al entrar en el agua. En dicha calle, entre golpes de "macho" y martillo de marcar, se van discutiendo y perfilando las ordenanzas del gremio, teniendo en cuenta las imposiciones que la demanda y las necesidades de calidad exigen en aquellos momentos.

El arma defensiva ha vuelto a dar un largo paso por aqestos años. Las armaduras, que empezaran siendo en siglos anteriores

jubones de cuero con escamas de hierro remachadas, o cotas de malla compuestas de anillas metálicas entrelazadas, son ahora el más perfecto traje de hierro articulado que soñar se pueda, donde no hay hueco posible para meter la espada. Es necesario potenciar el temple y fortalecer las hojas para aumentar su efectividad. Las dificultades de ataque que presentan las defensas del contrario, harán destacar el valor del temple de una buena hoja de espada, pues el fin de ésta es no sólo golpear y abollar las armaduras, sino traspasarlas si es preciso.

Para ésto, para conseguir la mejor hoja de espada del mundo, había que empezar desechando cuantos obstáculos hubiera en los métodos de fabricación anteriores, e incluir métodos nuevos que ayudaran al fin propuesto. Lo primero que estorbaba era el damasquinado en la hoja. Se suprimiría. Y no se volvería a hacer mientras una hoja de espada necesitara la máxima potencia para la pelea. Para damasquinar, según hemos explicado antes, es preciso picar o cajear la superficie a fin de incrustar después; y esta operación se hace cuando todo el trabajo de forja, temple, revenido, amolado y acicalado es concluido. No se podía por lo tanto, en momentos de exigencia de una insuperable calidad de la hoja, dejar blanda de temple ninguna parte de ella para decorarla después. Únicamente se damasquinaria y no siempre, en los gavilanes y pomos que, por la importancia del futuro poseedor de la espada, mereciera tal adorno.

Se había eliminado un inconveniente para la consecución de una hoja fuerte. Ahora había que introducir mejoras para el mismo fin.

ACERO DAMASQUINO O ADAMASCADO

Una hoja con un temple fuerte, capaz de sacar virtutas del hierro, resultaba muy quebradiza y por lo tanto, propensa a saltar en pedazos durante la pelea. Por el contrario, si se quería evitar que la hoja quebrara con facilidad, había que dejarla blanda de temple, lo que suponía enormes desventajas a la hora de exigirla el máximo rendimiento en la batalla, pues si se evitaba su rotura, era imposible evitar que perdiera pronto sus filos o quedara doblada al chocar con la coraza enemiga. Había que hallar la solución a este problema. Había que conseguir una espada con el acero más fuertemente templado, capaz de cortar cascos y corazas, sin que saltaran sus filos ni quebrara su hoja.

Que fuera fuerte y dúctil al mismo tiempo; flexible e implacable.

Los espaderos toledanos, que habían tenido siempre relación con Damasco, sabían que en la capital de Siria se estaban haciendo unas hojas de espadas llamadas a la damasquina o adamas-cadas, de mucha fama por sus propiedades de dureza y resistencia. La hoja adamascada, aparte de su adorno de superficie vetada y de irisaciones formadas con toda la gama de grises, tenía excelentes calidades para su uso: era fuerte y no se rompía. Alguién debió preocuparse, pienso yo, por averiguar el secreto tan celosamente guardado por los orientales. Y tras descubrir que su adorno superficial no era producto de los ácidos como en un principio se pensó, se llegaría a la conclusión de que el vetado exterior, (Foto núm. 31) característico de estas hojas damasquinas, estaba producido por la mezcla de materiales de diferente carbonado, como son hierro y acero. Es posible que se llegara a intentar la copia de las hojas damasquinas en Toledo. Yo no tengo conocimiento de ello, ni he visto en ningún museo una sola espada toledana que presentara sus características. Sólo ha habido ciertos errores por parte de algunos escritores no especialistas en la materia, que han asociado la espada damasquina con la espada damasquinada, ocasionando confusiones al lector que no pudiera diferenciar un procedimiento de otro.

Se emplearon varios métodos para conseguir el acero damasquino, que no voy a describir hoy por razones de espacio; sólo diré para esclarecer que sirvió de base para la hoja con alma de hierro, que al igual que en ésta, sus componentes principales eran el hierro y el acero; que con diversas varillas de ambos materiales enrosadas se conseguía, uniéndolas a la calda, una masa sólida de la que después se forjaba la hoja de espada o puñal por lo que sus superficies presentan un vetado más o menos oscuro según corresponda a la fibra con o sin carbono.

Al igual que sucede con el damasquinado, su origen no estuvo en la ciudad siria, pero fue allí donde alcanzó su máximo esplendor y su nombre. Carlo Panseri (12) piensa que las hojas damasquinas vieron su luz primera en India y Rusia durante una sangrienta contienda; y parece ser que las primeras referencias escritas se encuentran en los trabajos de Plinio (año 23 d. J.C.) aunque se conocen aceros damasquinos de épocas anteriores.

Además del nombre de acero damasquino o adamascado se conocen otros términos, cuales son "poulad jauharder" (acero

ondeado) nombre que se le dá en Persia; los árabes le conocen por "Fulad" y en Rusia se le llama "Bulat", nombre documentado en textos rusos, por los que se sabe que el espadero moscovita Dimitri Konovalow produjo bellas hojas de acero "bulat" a principios del siglo XVI. Sin embargo, este arte decayó en Rusia en el siglo XVIII, pues se sabe que el Zar Alexéi Mihailavich, envió a tres de sus artesanos a Astrakán " para que aprendieran el arte de forjar hojas de acero damasquino" (13).

Existen varias clases de aceros adamascados que podríamos resumir en cuatro tipos principales; a saber: el "Kora Khorassan", el "Kora Toban", el "Sham", y el "Kirk Narduban" o "escalera de Mahoma".

La mezcla del hierro y el acero para dar fortaleza y ductilidad al arma ya estaba conseguida. Pero mezclándolos como lo hicieron nuestros espaderos en sus "almas de hierro", se protegían los filos de las espadas en toda su longitud, anulándose la posibilidad de que alguna veta de hierro aflorase a cualquier punto cortante.

Partiendo pues, de que las "almas de hierro" pudieran haber sido inspiradas en los aceros a la damasquina, pasemos a conocer cómo se hicieron.

ALMAS DE HIERRO

La explicación que voy a dar sobre las hojas con alma de hierro, no ha sido tomada de ningún tratado de forja antigua, ni de escritos de la época que expliquen su procedimiento; ha sido facilitado por los recuerdos que conservo vivos en lo más recóndito de mi mente, de ver forjar por este procedimiento hoces con alma de hierro a mi abuelo y a mi padre, nacidos en 1875 y 1900 respectivamente. Recuerdos que han sido puestos en orden mediante conversaciones mantenidas recientemente con mi querido tío, que también participaba en estas operaciones, y a quien considero el último poseedor directo, en el seno de mi familia, de secretos heredados y practicados en el arte de la forja: su nombre es Angel del Valle, nacido en 1906.

Mis recuerdos me llevan al taller familiar. En el rincón más oscuro de él, la fragua. Decían que en la oscuridad se apreciaban mejor los rojos que cada operación debía llevar. Cerca de la fragua, a un par de pasos, el yunque.

Apoyados en él y sobre el suelo, martillos de diferentes tamaños, pesos y longitud de astil. Varias tenazas. No lejos, también a otro par de pasos, una pila de piedra berroqueña de unos 90 c/m por 50, completamente negra por el hollín y los humos, conteniendo agua limpia. El espectáculo verdaderamente maravilloso para mí, que gustaba de ver trabajar, eran las diminutas chispas que soltaban los hierros y aceros en un determinado momento; chisporroteo acompañado de un mágico y encantador sonido que hacía las delicias de mi niñez. Y los golpes acompasados sobre el yunque, y la caída del "macho" aplastando el hierro o acero, siempre acompañada de un rítmico quejido salido de la garganta del forjador.

Pero vayamos al procedimiento que debieron seguir nuestros espaderos del siglo XVI para forjar las almas de hierro, según lo visto y oído por mí.

La temperatura ideal para las caldas y almas es, según lo comprobado por el color rojo blanco de los hierros al salir de la fragua, de unos 1.300^o centígrados. El hierro así, se encuentra en estado "pastoso", es decir, no demasiado lejos de su punto de fusión pero muy manejable con el martillo, pues sus átomos se hallan muy separados unos de otros por la acción del calor, pudiendo lograrse su aproximación con relativa facilidad por la forja. Por tal razón, tanto el hierro como el acero poseen a la temperatura mencionada un alto grado de soldabilidad, siendo el punto propicio para ejecutar las uniones llamadas de alma de hierro.

Redordemos cómo se le han atribuido al río Tajo propiedades casi milagrosas para dar calidad a las espadas toledanas. Se ha hablado mucho de la magnificencia de sus aguas para templar; cosa que aún no se ha llegado a comprobar. Pero se ha hablado poco de sus arenas. Y en estas arenas el Tajo yo pienso que estaba la clave de la calidad. Ignoro por medio de qué razonamientos llegaron aquellos maestros forjadores a la conclusión de que tenían que utilizar arena en sus caldas; pero la verdad es que las utilizaban muy acertadamente y voy a explicar por qué.

Cuando las láminas de hierro o acero salen de la fragua a temperaturas tan elevadas que alcanzan el color rojo blanco, en el breve camino que recorren desde el fuego al yunque, han

tomado contacto sus superficies con el oxígeno y, por la acción de éste, se ha formado una capa apenas perceptible de cascarilla u óxido, que evitará que los átomos de unas y otras láminas puedan ponerse en contacto para realizar la unión.

Sí las láminas que se han de unir son rociadas de arena cuando han alcanzado su mayor temperatura, es decir, el rojo blanco, todavía en estado sólido, pero muy cerca de su estado líquido, la arena, si tiene ciertas propiedades, fundirá inmediatamente formando una capa líquida viscosa sobre el hierro, que impedirá la acción del oxígeno en su superficie, evitando la formación de las capas de óxido o de cascarilla que decíamos antes. Inmediatamente, al poner una lámina sobre otra y golpear energética y repetidamente mientras dure el rojo blanco, la capa de arena líquida saldrá por los bordes dejando en contacto los átomos limpios de una y otra lámina, produciéndose así la unión mediante la forja.

Ahora veamos cómo lo conseguían:

Lo primero que hacían era preparar la lámina de hierro que serviría de alma y dar forma a las tejas de acero que la arroparían. Estas últimas se prepararían cuidadosamente antes de empezar la forja, pues en la calda habrían de juntarse sus costados para que los filos resultaran sólo de acero.

La duración del color rojo blanco en las láminas es relativamente fugaz, por lo que había de conseguirse el punto de calda en las tres piezas a la vez, para lo cual se metían las tres en la fragua al mismo tiempo. Tras cuidar de arroparlas bien con carbón y de que no faltara aire a las brasas, sólo restaba esperar la señal que anunciaba que la temperatura ideal para la unión había llegado; esta señal era la salida de veloces y diminutas chispas blancas y azuladas, con sonidos de suaves chasquidos acompañando al chisporroteo. En ese momento, cogiendo las láminas con tenazas por donde había de ser la espiga y tras rociar con arena la parte a soldar según he explicado antes, se procedía a dar la puntada. La puntada era la unión de las tres láminas en lo que luego sería la punta de la espada. Y se seguía forjando si el rojo blanco aún estaba sobre el yunque. Cuando éste se iba, de nuevo el fuego, las chispas, la arena y la forja, hasta conseguir un sólo cuerpo de lo que antes eran tres. La habilidad del forjador prepararía para el amolado y acicalado los

filos de la espada, sus mesas, sus venas y vaceos. Pero antes de estas operaciones había que dar un buen temple poniendo la hoja al rojo cereza y pasándola al agua con mayor o menor rapidez, según el método de cada maestro; y había también que quitar acritud al acero por medio del revenido, llevado a cabo generalmente tras el azul morado o rojo hígado de la hoja, enfriándola con sebo de caballo o carnero u otras grasas animales. No puedo precisar demasiado en estas operaciones, pues era aquí donde los maestros espaderos ejercían su libertad, posiblemente haciendo uso de aquel viejo refrán: "cada maestrillo tiene su librillo".

Así conseguían las hojas de lo que llegaron a ser las mejores espadas del mundo. Hojas que se montaban en Toledo con guarniciones de espaderos de Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, etc. Tan grande llegó a ser la fama de las hojas de espadas toledanas que tenemos noticias por el libro inglés "*European Arms and Armours*" de que fueron copiadas y falsificadas sus marcas por los mejores espaderos de Solingen y Milán. Imitación y fraude que aún continuaba en el siglo pasado según nos cuenta José Gil de Bernabé, al hablar de su viaje a Solingen cuando dice: "En las armas que hacen para América ponen el lema de Toledo y lo pusieron delante de mí" (14).

Estas hojas exportadas y las copias que de ellas hacían, han llevado a grandes confusiones sobre si se hacían o no espadas completas en Toledo en esos momentos (siglo XVI y XVII). Podemos asegurar que sí. Se hacían espadas completas y con bellísimas guarniciones caladas, cinceladas o damasquinadas. O con las tres decoraciones a la vez, como es el caso de la bellísima muestra de la fotografía núm. 32 propiedad del coleccionista Juan J. Alvarez, que fué ejecutada en Toledo por Domingo Sánchez, llamado "el tijerero", cuya marca ostenta en su recazo.

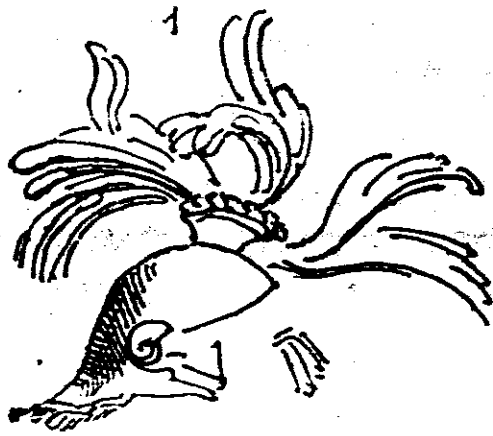
UNA INDUSTRIA DE ARTISTAS

Cuando alguien ha tratado de encontrar el damasquinado en catálogos de oficios antiguos, o en relaciones de artífices toledanos, el resultado ha sido siempre negativo. La razón es que el damasquinado no existía reseñado como oficio. Era tal la preparación de nuestros antiguos artesanos, que el damasquinado se contaba entre las labores complementarias y decorativas de su

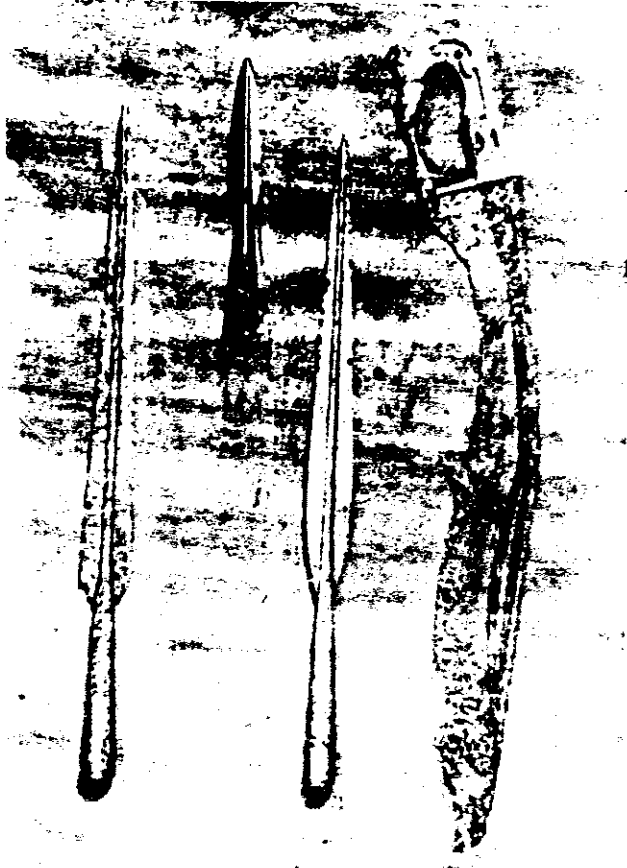
Nº 1.- Cuchillo de sacrificio (Djebel el Arak -Egipto)



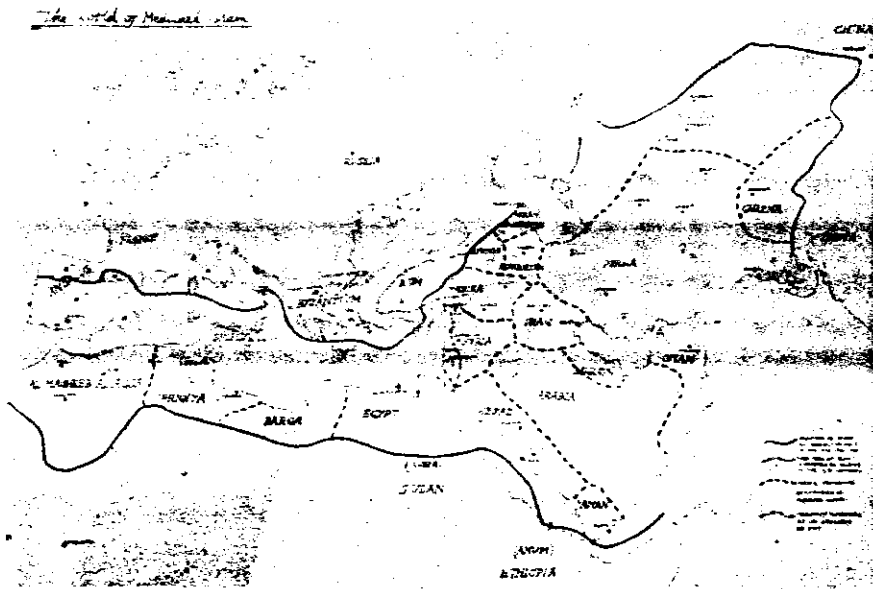
Nº 2.- Tres espadas de bronce (de "pomo de cebolla"
"antenas" y "espiga plana" o de
"hoja de lengua de carpa")



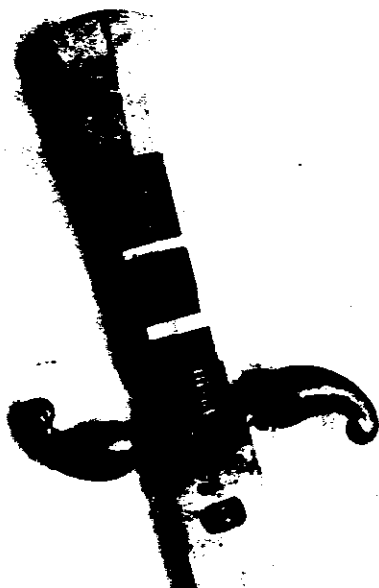
Nº 3.- Casco de Palanqué



Nº 4.- Falcata ibérica



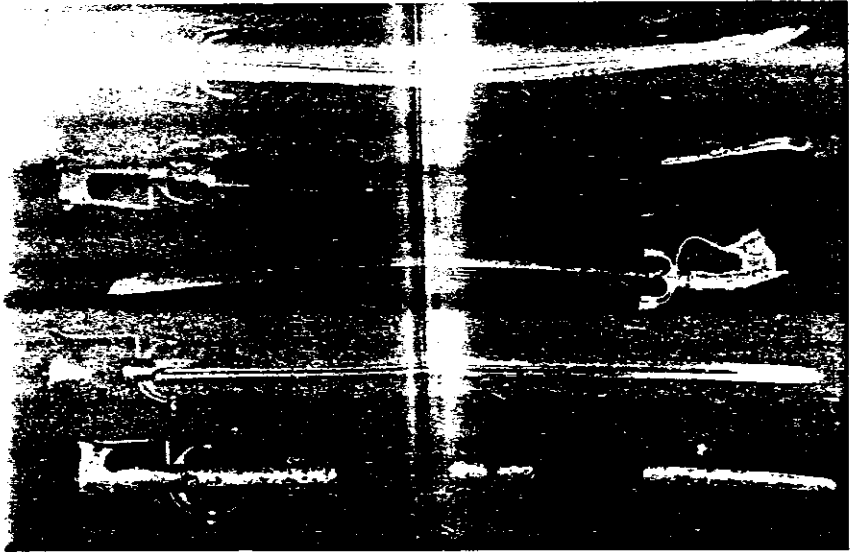
Nº 5.- Mapa del mundo islámico del Medioevo



Nº 6.- Puñal de la calle del Angel – Museo del Ejército



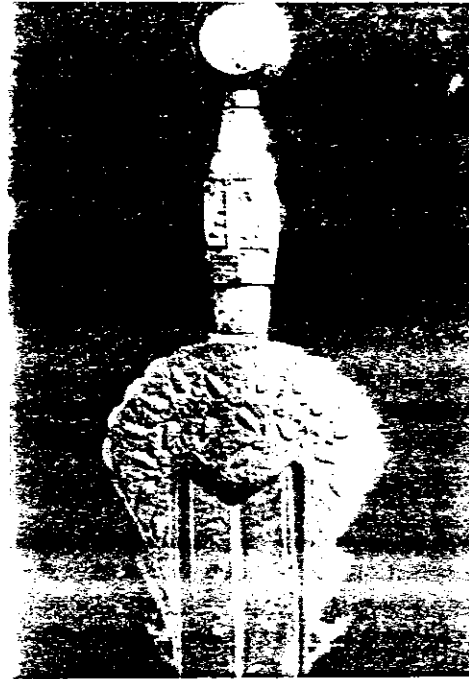
Nº 7.- Sable moruno – Museo del Ejército



Nº 8.- Sables morunos



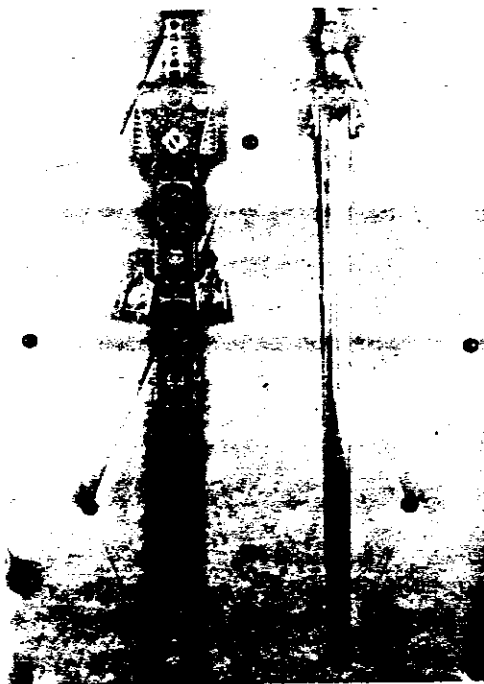
Nº 9.- Sable "Mohamed Franga"



Nº 10.- Espada *JINETA* - (con marca TO)



Nº 11.- Espada de Boabdil – Museo del Ejército



Nº 12.- Copias de Boabdil y Aliatar –
Fábrica de Armas. Toledo



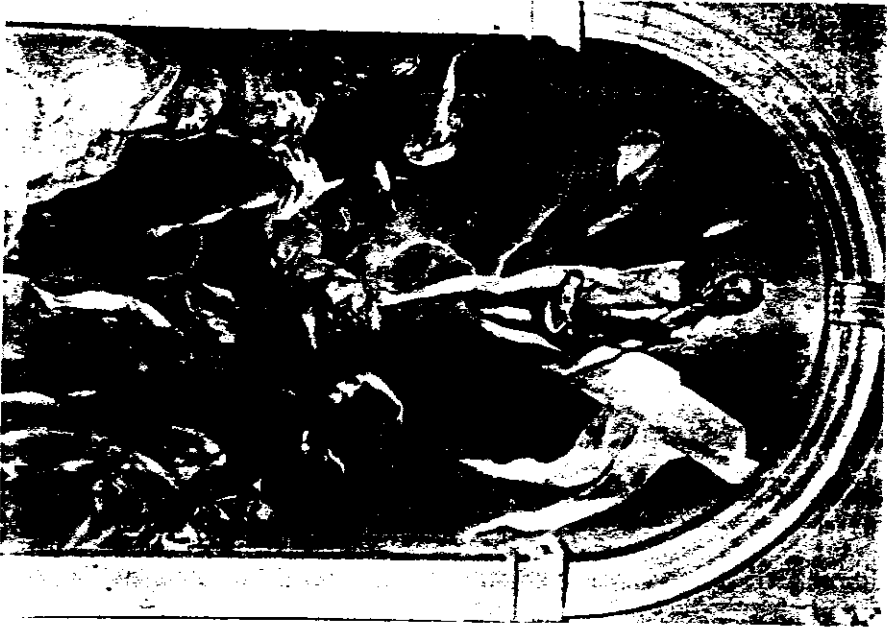
Nº 13.- Cantigas de Alfonso X



Nº 16.- Toma de Marbella (Coro de la Catedral-Toledo)



Nº 17.- Relieve de la Capilla de Santiago (Catedral-Toledo)



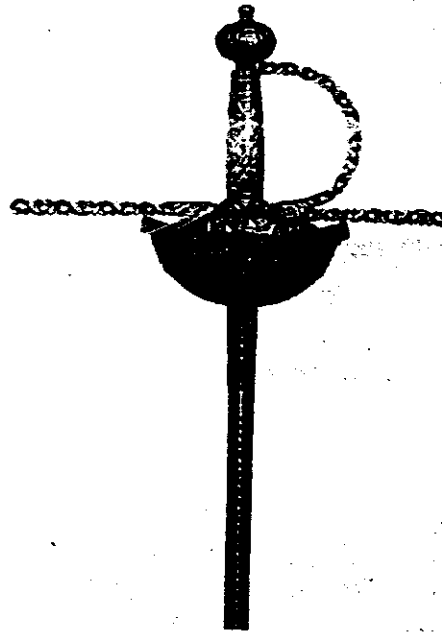
Nº 21. Resurrección - El Greco



Nº 22. Martirio de San Mauricio - El Greco



Nº 23.- Ataugia



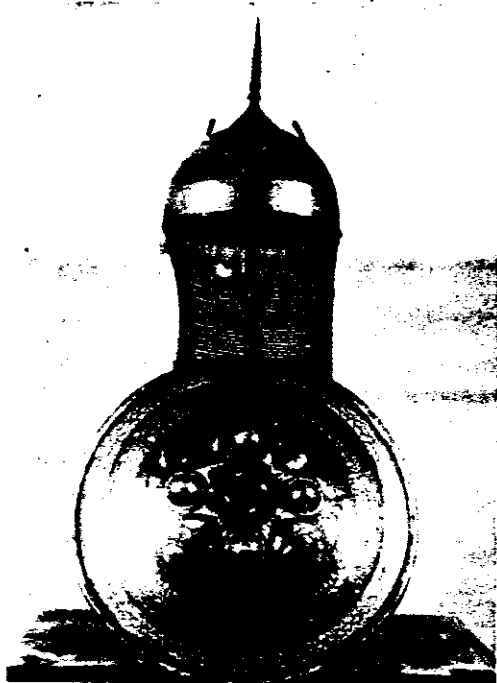
Nº 32.- Espada cincelada, calada y damasquinada
Domingo Sánchez "el Tijero"



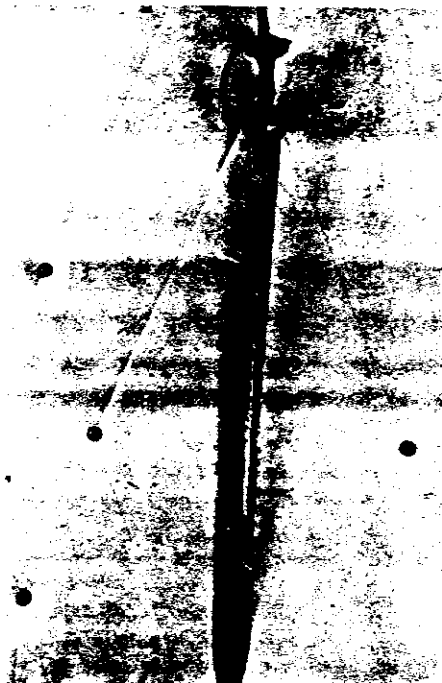
Nº 24.- Damasquinado con punceta



Nº 25.- Damasquinado con punceta en hilo grueso de



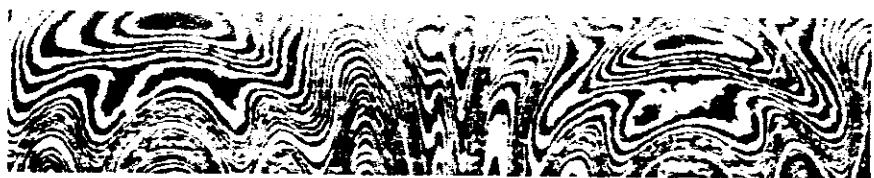
Nº 26.- Damasquinado con picadura a cuchilla



Nº 27.- Damasquinado con picadura a cuchilla



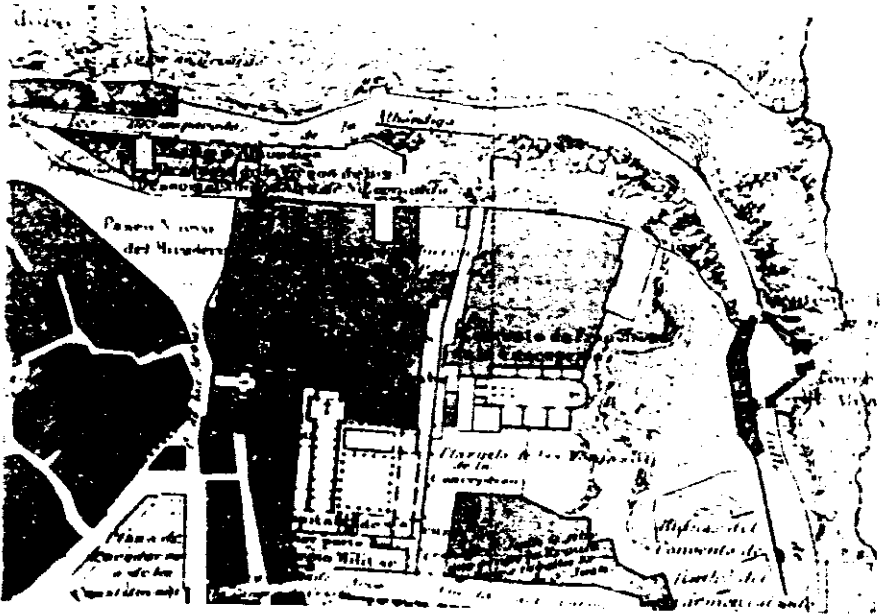
Nº 28.- Puñales de bronce con escenas de caza damasquinadas



Nº 31.- Imagen de acero damasquinado



Nº 29.- Rejas de Villalpando. Catedral de Toledo



Nº 30.- Calle de las Armas en 1858. (cedido por D. Julio Porres)

principal actividad. Tal es el caso de la espada que acabamos de citar, cuyo hacedor no se llamaba a sí mismo damasquinador, ni cincelador, ni tan siquiera espadero, pues su oficio principal era el de tijerero y así se hacía llamar, aunque hizo muchas espadas y muy buenas, pues sabemos que su marca de las tijeras abiertas o cruzadas, junto con la del perrillo de Julián del Rey, eran de las más solicitadas y preciadas. Lo mismo ocurre con Villalpando, que se hacía llamar rejero; no se llamaba escultor, ni fundidor, ni cincelador, ni damasquinador, y ahí están sus rejas del Altar Mayor de nuestra Catedral mostrándonos el dominio de todas estas técnicas y con sus balaustres damasquinados con plata y oro por él.

Esta amplitud de dominios de técnicas diversas en un mismo hombre decaería en el siglo XVIII, debido a una especie de relax o desgaste de los gremios, donde fue imponiéndose poco a poco la superespecialización.

Con esta base de calidad en los espaderos se constituyó en Toledo uno de los gremios más importantes de la Historia en los siglos XVI y XVII, de cuyos detalles tampoco nos podemos ocupar hoy por falta de tiempo y por ser materia tan importante que merece un estudio separado y amplio, de lo que espero se ocupará mi compañera de corporación señorita Pedraza Ruiz. El gran número de los componentes del gremio no hizo decaer la estimación de sus productos, pues cada uno se esmeraba en su trabajo procurando que sus armas fueran las más buscadas. Esmero que les llevó en muchos casos a conseguir el honroso título de "Espadero del Rey", honor que, quien lo conseguía, lo marcaba con orgullo en sus espadas en el canto del recazo. Tal ocurrió con Nicolás Hortuño, Juan Martínez, Antonio Ruiz, Dionisio Corrientes y otros muchos.

Hemos hablado de los siglos XVI y XVII, como cumbres del esplendor espadero. Pero en el último cuarto del siglo XVII la depresión de la economía española se dejaría sentir en nuestra pujante industria.

El traslado de la Corte a Madrid no había traído a Toledo una disminución del número de sus habitantes, pero sí una merma de señorío. El éxodo de cortesanos fué sustituido por una masa de moriscos y provincianos de diferentes lugares, que hizo, según parece, que el número de habitantes aumentara

a finales del siglo XVI, variando la cifra según el historiador que la dé. Fernando Colón habla de 90.000 ó 125.000; el Conde de Cedillo calcula 80.000; y Vicens Vives, en su Historia Económica de España, nos muestra un cuadro demográfico debido a Larraz, en el que vemos a Toledo en 1594 con 10.933 vecinos (unos 55.000 habitantes). Donde no parece que haya discrepancias es en la cifra de vecinos a mediados del siglo XVII, pues varios historiadores coinciden en que su número era de 5.000 (25.000 habitantes aproximadamente). Esta disminución de habitantes, más el menor uso que de la espada se hacía y el auge que en este siglo tomara el arma de fuego, hizo caer la demanda de la espada. Por otra parte, la economía de España venía en crisis desde las famosas bancarrotas de Felipe II que traen como consecuencia el período inflacionista del siglo XVII, caracterizado por las acuñaciones indebidas que hiciera Felipe III y el resello de monedas aumentando su valor, hasta llegar a la crisis monetaria del 1680, ya bajo el reinado de Carlos II.

Transcribimos un párrafo de la "Historia Económica de España" citada: "La violenta inflación de 1664, seguida por la inflación de los años 70 y la crisis de 1680, arruinaron lo poco que quedaba en pie de la economía castellana. Todas las grandes ciudades claman por su ruina: Toledo, Córdoba, Sevilla, Granada, elevan memoriales a la Corte diciendo que los antiguos artesanos las abandonan y que su población está muy mermada . . . en todas partes se disuelven los gremios. La situación llega a ser tan grave, que incluso la tradicional industria toledana de aceros corre peligro de extinguirse por falta de técnicos y ha de solicitar del gobierno la importación de obreros extranjeros especializados".

Yo no tengo noticias de que estos obreros extranjeros vinieran tras esta solicitud, pues los que llegaron en el siglo XIX no lo hicieron por esta causa. Lo que sí sabemos es que la calidad de las pocas espadas que en Toledo se hacían a finales del siglo XVII empezó a decaer. Y ésto hubo ocasión de comprobarlo un siglo después, al comparar las espadas de la Fábrica de Carlos III con tres espadas compradas en la ciudad, una de ellas correspondiente a factura antigua según las noticias que tenemos. Estas tres espadas no llegaron a superar las pruebas de comparación.

Ya, hemos llegado al siglo XVIII. Hay silencio en la calle de

las Armas y tristeza en sus escasos talleres, donde ya no se hacen espadas si no es por algún que otro cuchillero. El gremio que otrora alcanzara honores y fama y exenciones de impuestos y favores reales, ya no existe. Con él se ha ido, no sólo un movimiento humano y económico de la ciudad, sino una buena parte de su prestigio, de sus secretos, de su cultura, de sus más arraigadas tradiciones.

Pero la Providencia ha puesto en la historia a Carlos III. Al hombre que le preocupan tantas cosas. Al hombre que promueve la colonización de Sierra Morena, pensando en el crecimiento demográfico de una España con mejores condiciones higiénicas, que desde 1649 no ha vuelto a tener azotes de peste y ha dejado atrás las guerras asoladoras de los Austrias. Al hombre que concibe la colonia agrícola de Sacedón. Al hombre bajo cuyo reinado se inicia la repoblación del litoral catalán. Al Monarca que protege las "manufacturas reales", creadas con anterioridad, dotándolas de siete millones de reales al año. Al Rey que crea y le preocupa la pérdida de lo creado. Al hombre que de la nada, pues nada había ya en el antiguamente próspero y bullicioso Toledo espadero, (ni buenos maestros quedaban siquiera) crea la toledana Fábrica de Espadas, haciéndola surgir cual Fénix de sus propias cenizas.

Al hombre con el que Toledo aún no ha saldado su vieja deuda, de ahora hace doscientos años, erigiéndole un monumento en una de sus plazas recoletas.

NOTAS

- (1) *Guide des Amateurs D'armes*, AUGUSTE DEMMIN, pág. 24.
- (2) *Viaje por España*, CHARLES DAVILLIER, 1862, pág. 638.
- (3) *Viaje por España*, CHARLES DAVILLIER, 1862, pág. 638.
- (4) *Historia Económica de España*, J. VICENS VIVES.
- (5) *Spanish Industrial Art*, pág. 83.
- (6) *Memorial de Artillería núm. 51*, 31-8-1. 848, pág. 3.
- (7) *Espadas Granadinas de la Jineta*, J. FERNANDEZ TORRES, pág. 149.
- (8) *Enciclopedia Espasa-Calpe*, Tomo 17, pág. 873.
- (9) *Historia del Arte de Woermman*, Tomo 2, pág. 17.
- (10) *IBID.*, Tomo 1, pág. 239.
- (11) F. DEL VALLE: *La artesanía en la Historia y F. Villaipando*. Toletum - Real Academia de B.A. y C.H. de Toledo, núm. 8, 1977
- (12) "Gladius" Tomo IV, *Damascus Steel in Leyend and Reality*.
- (13) *IBID.*
- (14) *Memorial de Artillería "Armas Blancas"*, octubre, 1851.